

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Mosse, George L.: *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016.

Oswaldo Vartorelli

Universidad Nacional de Entre Ríos / Universidad Autónoma de Entre Ríos

osvaldovartorelli@hotmail.com

Fecha de recepción: 28/11/2017

Fecha de aprobación: 04/12/2017

En 1975 un profesor de literatura inglesa publicaba un libro que, sin pretenderlo, impactaría radicalmente en la historiografía. Dejando de lado la mera crónica militar y el tradicional relato de las grandes batallas, *The Great War and Modern Memory* de Paul Fussell se proponía abordar la “experiencia de guerra”, desde un enfoque que priorizaba la producción literaria de algunos combatientes célebres como Siegfried Sassoon, Robert Graves y Edmund Blunden. Marcar como problemática la “experiencia de la guerra”¹ implicaba dejar sentados interrogantes respecto a las transformaciones y consecuencias producidas por *la Gran Guerra*. Más específicamente, ¿cuál fue el impacto del conflicto en la formación de subjeti-

1 El famoso estudio de John Keegan: *The Face of Battle*, Harmondsworth, Penguin, 1975, es considerado el comienzo de la llamada nueva historia de la guerra. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial es abordada de manera muy reducida, tomando como caso la batalla del Somme. Tampoco le presta demasiado interés a la influencia en la cultura, cuestión fundamental para Fussell.

vidades, la memoria o en la conformación de una cultura política? Fussell sostuvo que la guerra había tenido una capacidad mitopoética, creando su propio universo de mitos:

Un mundo de “secretos”, transmutaciones, transformaciones, metamorfosis y renacimientos como éstos es un mundo donde regresan los mitos (...) Que un mundo impregnado por el mito pudiese adquirir forma en mitad de una guerra que representaba el triunfo del industrialismo, el materialismo y el mecanicismo moderno es una anomalía que vale la pena analizar².

George Mosse no necesita demasiada presentación: historiador pionero en el campo de los estudios culturales del fascismo, el nacionalismo, la sexualidad y la masculinidad³. *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales* (1990), una de sus obras más tardías, se publicaría quince años después del estudio de Fussell, retomando precisamente la dimensión mitológica. En este caso, para Mosse la guerra no solo recuperó y fabricó sus propios mitos sino que esta dimensión atravesó la totalidad de la “experiencia de la guerra”.

En la introducción del libro queda claro que el “corto siglo XX” comienza con un nuevo tipo de guerra. La “movilización total” de las sociedades europeas, sumado al uso de tecnologías militares más mortíferas dieron lugar a la muerte de masas. La violencia y radicalidad de esta guerra tuvieron como consecuencia un cambio en las percepciones y subjetividades⁴. La entrada en una modernidad destructora de cuerpos alimentó la imaginación bélica. En este sentido, uno de los interrogantes más importantes que propone el autor es cómo la guerra terminó siendo tolerable para las sociedades. Frente a la brutalidad y muerte cotidianas, el “mito de la experiencia de la

2 Fussell, Paul: *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Madrid, Turner, 2006, p.156 [orig. inglés 1975]. Es imposible no mencionar la deuda de Fussell con Marc Bloch en lo que concierne a su trabajo sobre los rumores en el frente.

3 Uno de sus trabajos más importantes, *La nacionalización de las masas* (1974), fue publicado en español en 2007 por la editorial Siglo XXI, en colaboración con Marcial Pons, en la colección “Historia y cultura” que dirigía Luis Alberto Romero. La tardía recuperación de este estudio no impidió que se convirtiera rápidamente en referencia obligada en la mayoría de los programas de grado y posgrado en cátedras y seminarios de Historia contemporánea de las universidades locales. Desde un enfoque antropológico, y en sintonía con los aportes de Maurice Agulhon y Mona Ozouf, realizaba una reconstrucción de los movimientos, simbolismos y rituales de las masas durante el siglo XIX y la primera mitad del XX. Una reciente biografía del autor puede encontrarse en Plessini, Karel: *The Perils of Normalcy: George L. Mosse and the Remaking of Cultural History*, Madison, University of Wisconsin Press, 2014. También es recomendable la autobiografía de Mosse, *Haciendo frente a la historia: Una autobiografía*, Valencia, Universitat de València, 2008 [orig. inglés 2000].

4 Sobre esta cuestión pueden consultarse Leed, Eric: *No Man's Land: Combat and Identity in World War I*, Nueva York, Cambridge University Press, 1979; Gibelli, Antonio: *L' officina della guerra. La grande guerra e le trasformazioni del mondo mentale*, Torino, Bollati Boringhieri, 1991. El trabajo de Modris Eksteins, anterior al de Mosse, también es muy revelador: *La consagración de la primavera. La Gran Guerra y el nacimiento de los tiempos modernos*, Valencia, Pre-Textos, 2014 [orig. inglés 1989].

guerra” ofrecía la posibilidad de dignificar y sacralizar el combate. En palabras del autor, el mito “se diseñó para enmascarar la guerra y hacerla legítima; para desplazar su cruda realidad” (p.35).

La primera parte del libro está dedicada a dilucidar los orígenes del mito. Al igual que en *La nacionalización de las masas*, el período de la Revolución Francesa es central en su análisis. Mosse comienza el segundo capítulo con la siguiente pregunta: “¿Por qué hombres jóvenes en gran número se apresuraron para encarar la muerte y entregarse a la batalla, cuando nadie lo había hecho antes de la Revolución francesa?” (p.43). El nacimiento de los “ejércitos de ciudadanos”, a diferencia de los antiguos mercenarios, implicó un nuevo posicionamiento frente a la guerra. Los diferentes rituales e himnos dotaron de sentido a los movilizados en el frente. En consecuencia, el mito tuvo sus basamentos en la búsqueda de una regeneración, potenciada, a su vez, por las corrientes románticas. Por otra parte, el *mourir pour la patrie*, ligado al avance de la idea de nación, desplazó a la guerra como un asunto exclusivo de las dinastías. Mosse tampoco pierde de vista que las campañas militares sirvieron para la promoción de la masculinidad, tema que profundizaría en otro libro⁵.

El tercer capítulo aborda la construcción del mito y su relación con la confrontación y apropiación de la muerte. En este sentido, las tradiciones religiosas previas (como el pietismo alemán) y la liturgia, combinadas con el fervor revolucionario, significaron un marco de trascendencia que se materializaría en la creación de los primeros cementerios militares y monumentos a los caídos. Los revolucionarios franceses tomaron como base el sacrificio cristiano y lo resignificaron según sus necesidades, como lo refleja la aparición de los primeros “mártires” como Jean-Paul Marat.

El autor sostiene que se produjo una “nacionalización de la muerte”; los soldados comunes se transformaron en un objeto de culto. Sin embargo, esto no equivalía a un trato igualitario para todos los casos, ya que los rangos del Antiguo Régimen siguieron presentes, remarcándose en los memoriales de guerra y constituyendo una verdadera jerarquía de la muerte. Esto último no descarta una de las hipótesis lúcidas de Mosse: la Revolución Francesa, particularmente en su fase ja-

5 Mosse, George L.: *La imagen del hombre: la creación de la masculinidad normativa*, Madrid, Talasa, 2000 [orig. inglés 1998].

cobina, sentó un legado democrático que crecería durante el “largo siglo XIX” y llegaría a su cenit en la uniformidad de los cementerios de la primera guerra mundial (p. 70).

La segunda parte del libro tiene como principal eje *la Gran Guerra*. El cuarto capítulo centra su atención en la juventud y la experiencia de la guerra. El autor realiza un recorte, priorizando las décadas previas al estallido del conflicto. ¿Cuáles fueron las motivaciones de los jóvenes de las clases medias europeas? Es evidente que para muchos sectores educados el horizonte de una guerra no parecía ser indeseable sino que compartían una fascinación por la misma. Tal como supieron retratar magistralmente escritores como Thomas Mann o Robert Musil⁶, el *fin de siècle* trajo consigo el surgimiento de corrientes intelectuales que reflejaron el estado de disconformidad y pesimismo al interior de la burguesía. Por otro lado, el avance de las nuevas tecnologías y medios de comunicación, la sensación de encontrarse en el umbral de un nuevo mundo, llevaron a la búsqueda de diferentes respuestas. Las vanguardias artísticas como el futurismo exaltaron el carácter juvenil y la hombría, así como la necesidad de una violencia que purificara al mundo de lo viejo. Los futuristas promovieron el vértigo y la velocidad. La técnica no se rechazó, sino todo lo contrario; la máquina, como genialidad humana, debía ser puesta al servicio de una causa guerrera.

El movimiento juvenil alemán, tema muy conocido por el autor⁷, se planteó como un escape de la modernidad (p. 92). El desprecio por los excesos de la vida urbana tuvo su correlato en una ansiedad y culto por la naturaleza. Las excursiones de los *Wandervogel* a los bosques fueron un ejemplo de la exploración por obtener formas de vida alternativas. A su vez, la naturaleza se configuró como un espacio de experimentación en lo referente a la estética corporal; el desnudo y actividad física de los cuerpos y los rituales a su alrededor (bailes, marchas y canciones) pusieron el acento en la persecución de la belleza y la virilidad juvenil. Para estos jóvenes alemanes, la naturaleza era una extensión del *Volk*; el “redescubrimiento” de la montaña o el bosque era un camino a los orígenes primitivos del pueblo alemán.

6 Mann, Thomas: *La Montaña Mágica*, Barcelona, Edhasa, 2005 [orig. alemán 1924]; Musil, Robert: *El hombre sin atributos*, Barcelona, Seix Barral, 2001 [orig. alemán 1930 y 1943].

7 Mosse, George L.: *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Nueva York, Grosset and Dunlap, 1964, pp. 171-190.

La “generación de 1914”⁸ germinó en aquel ambiente cultural que esperaba un apocalipsis redentor y forjador de un “nuevo hombre”. La regeneración personal, el nacionalismo militante y la camaradería de las trincheras se constituyeron en tópicos que patrocinaron una comunidad imaginada de soldados dispuestos al sacrificio. Parte de la propaganda resaltaría la sacralidad del enfrentamiento y el martirio de los caídos. En este sentido, la fabricación y expansión del mito de una guerra heroica fue un mecanismo que permitió “superar” los horrores y sufrimientos cotidianos. Si bien la desilusión, como menciona Mosse, ya era patente en 1916 —esto es claro entre los intelectuales—⁹, el mito se constituyó, en los años venideros al fin de las hostilidades, en una espina dorsal para los seguidores de la derecha radicalizada.

El autor realiza un breve acercamiento a la imagen de la mujer. En efecto, si bien las mujeres se movilizaron tanto en las fábricas como en los servicios de enfermería (claves en los esfuerzos de guerra), la imagen de un rol tradicional y pasivo se reforzó en el frente; con claras reminiscencias religiosas, la mujer aparecía representada como “protectora” o “auxiliadora”. Como contracara a esta concepción de sumisión, la masculinidad se enaltecía (p.96).

El culto al soldado desconocido, tema que compete al quinto capítulo, se concibió como un instrumento dirigido a dignificar a los caídos y conectarlos con la representación nacional en monumentos y memoriales. La dinámica de la violencia tuvo un impulso destructivo inaudito; los cuerpos de millones de combatientes nunca se encontraron, ya sea por la desintegración que podían causar las bombas, o por la putrefacción. ¿Cómo iba a ser la reacción de las sociedades ante semejante panorama de desolación? En este sentido, el culto al soldado desconocido se consolidó como una pieza central en el armazón del mito, tal como expresa Mosse a continuación: “El culto a los caídos fue una clave del mito de la experiencia de la guerra con sus símbolos, que manipulaban la memoria bélica. El entusiasmo que la juventud sintió una vez por la guerra como aventura o experiencia personal era difícil de sostener tras conocer la realidad del frente, pero la nación, utilizando el Mito, consiguió mantener esa llama encendida” (p.146).

8 Para un estudio específico de esta generación ver Wohl, Robert: *The Generation of 1914*, Cambridge, Harvard University Press, 1979.

9 Véase, por ejemplo, Stromberg, Roland: *Redemption by War: The Intellectuals and 1914*, Lawrence, University of Kansas Press, 1982.

La naturaleza, cuestión que Mosse esboza en el sexto capítulo, permitió disfrazar la carnicería, dotándola de una belleza. Los campos de batalla podían transformarse en un paisaje de encanto y sensibilidad que evocaba los antiguos sueños del romanticismo decimonónico. El combate aéreo entre los aparatos más modernos, como es el caso de los aviones, podía rememorar los antiguos duelos de la caballería medieval (p.162). Por otra parte, los intelectuales nacionalistas anteriores a la guerra habían remarcado la relación entre la tierra y los muertos, frente a un cosmopolitismo sin ningún tipo de arraigo¹⁰. La Primera Guerra Mundial fue un ensayo para que estos imaginarios se expandieran y se aceptaran, y lo hicieron con una mayor virulencia entre los países derrotados. Desde esta perspectiva, en los tiempos de la posguerra escritores como Ernst Jünger aludieron a diferentes metáforas inspiradas en el mundo de la naturaleza para describir la aventura y experiencia de la batalla. En definitiva, sintetiza Mosse, el apoderamiento de la naturaleza “(...) dio una nueva relevancia y una novedosa dimensión política a esos mitos, ya que conectó, más estrechamente que nunca, la naturaleza con el nacionalismo, así como el elitismo político que sería fácilmente absorbido por la derecha política europea” (p. 166).

El capítulo séptimo se destaca por el abordaje del proceso de trivialización. ¿Cómo se pudo presentar la guerra, despojándola del horror? La banalización del conflicto en la vida cotidiana de las personas, a través de postales, juegos o juguetes, favoreció su asimilación y, por ende, mitificación. Se trataba de otorgarle un aspecto inocente y lúdico. En este sentido, las jugueterías, recogiendo una tradición más antigua, diseñaron soldados y armas de plomo que se hicieron populares entre los más jóvenes. Esta operación mimética era acompañada por el desarrollo de manuales y literatura infantil que celebraban la introducción de los niños en los combates.

Las postales ilustradas, siempre presentes pero muy difundidas en festividades como Navidad y Pascuas, mostraron a las trincheras como ambientes agradables y familiares. Si bien el autor reconoce que las fotografías privadas, “extraoficiales”, eran el mejor retrato de la realidad, no fueron, precisamente, las más conocidas: “la imagen pública de la guerra se demostró más fuerte y duradera, reafirmada por el mito de la experiencia de la guerra que a su vez contribuía a

10 Uno de los casos más paradigmáticos es el de Maurice Barrès y su discurso *La Terre et les Mort*. Para un estudio detallado de su figura véase Sternhell, Zeev: *Maurice Barrès et le nationalisme français*, Paris, Armand Colin, 1972.

consolidar” (p. 196). En los años de posguerra el interés por las visitas a los campos de batalla promovió un “turismo de guerra”, a lo que se sumó un mercado que ponía a disposición de los aficionados una variedad de utensilios, baratijas o restos de artefactos abandonados. Por su parte, las historias de romances y comedias promocionadas por el cine y el teatro también hicieron más aceptable la guerra.

George Mosse afirma que la trivialización fue un ingrediente esencial para la brutalización de la política que se produciría en los años venideros, eje del que se ocupa la tercera parte del libro. En efecto, la guerra no solo se banalizó y se introdujo en la vida cotidiana sino que también se trasladó a la esfera de la política (si bien es menester aclarar que el desarrollo de la tesis considera fundamentalmente el caso alemán). Las prácticas de la violencia y la deshumanización del enemigo dieron paso a una indiferencia ante la vida: “La consecuencia del proceso de brutalización en el período de entreguerras fue excitar a los hombres y mujeres a la acción contra el enemigo político; insensibilizar a hombres y mujeres frente al espectáculo de la crueldad humana y las pérdidas de vida” (p. 205).

La extrema derecha alemana, impulsada por el “mito de la experiencia de la guerra”, se desenvolvería en términos de amigo y enemigo, camaradas contra monstruos que asechaban desde las sombras y cuya única solución era el exterminio. Estas nociones ya habían sido desarrolladas antes del estallido de la guerra pero fueron potenciadas en acción (p. 229). En definitiva, ¿qué significó la Primera Guerra Mundial más que el primer conflicto para Hitler y muchos nazis? Un verdadero laboratorio político. Probablemente uno de los casos más emblemáticos de la brutalización de la política alemana que desembrolla Mosse haya sido el asesinato de Walter Rathenau, Ministro de Asuntos Exteriores de la República de Weimar, luego de haber firmado el Tratado de Rapallo con la URSS, en 1922. Su muerte expuso con suma notoriedad los delirios y prácticas de la derecha alemana más radicalizada; la condición judía de la víctima y la ilegitimidad de la República¹¹.

11 Como recuerda Norman Cohn, el asesinato de Rathenau, influido por una visión *völkisch*, “cayó como la primera víctima de una matanza que comenzaría en serio una generación después”, Cohn, Norman: *El mito de la conspiración judía mundial. Los protocolos de los sabios de Sion*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, pp. 196-197 [orig. inglés 1967].

El capítulo noveno se ocupa de la circulación del “mito de la experiencia de la guerra” entre los fascistas. Los nazis abatidos durante el *Putsch* de Múnich (1923) se transformaron en mártires y su inspiración estuvo en el culto a los caídos de la Primera Guerra Mundial. Es importante destacar el interés del autor por el estudio del lenguaje; palabras como “Frente”, “Soldado político” o “Acción” se incorporaron al vocabulario político de la época. Lo mismo podría decirse respecto de la expansión del ideario del “hombre nuevo”. A su vez, Mosse resalta que en los años de entreguerras el pacifismo no tuvo capacidad de poder contrarrestar el mito (p.252).

El debilitamiento del mito es el tema que involucra al décimo y último capítulo. Durante la Segunda Guerra Mundial el disfraz de la realidad mediante la idealización no tuvo la misma efectividad que en la anterior guerra. Esto se debió a las particularidades que tuvo: la ausencia de un frente estable y la muerte masiva de civiles a raíz de los bombardeos, expulsiones y matanzas. Inclusive un propagandista y manipulador como Joseph Goebbels decidió mostrar en los documentales una actitud más realista con filmaciones a color y entrevistas, siempre que no se pusiera en riesgo el compromiso bélico de la población (pp. 254-255). En concomitancia con esta tendencia, fotógrafos y corresponsales como Robert Capa—que ya había participado en la Guerra Civil española— expusieron el rostro crudo y frío de la contienda. El final de la guerra estuvo marcado por el conocimiento de las cámaras de gas y la devastación generada por las bombas atómicas. El “mito de la experiencia de la guerra” que tanto había motivado a la “generación de 1914” estaba desacreditado. Sin embargo, no murió completamente. Permaneció recluido entre los círculos de los antiguos veteranos de las SS o bien en diferentes memorias de guerra. Probablemente el mito no signifique una amenaza en lo inmediato, mientras se encuentre neutralizado. Para Mosse el verdadero desafío, lo que lo puede volver a activar es “la religión cívica del nacionalismo” (p. 279).

La traducción del libro a cargo de Ángel Alcalde es muy buena, al igual que el estudio introductorio. Es un clásico cuya traducción ha sido injustamente demorada. Las líneas de trabajo e hipótesis expuestas son muy amplias y sugerentes. Las fuentes utilizadas son muy variadas, destacándose el uso de la literatura, la pintura, la propaganda y los manuales de arquitectura. Aquellos interesados en la historia de la muerte, la violencia, la memoria o la cultura política tendrán a dis-

posición una obra muy cautivante y amena en su lectura. La tesis de la brutalización de la política ha sido motivo de un prolífico debate, sin embargo, la misma consideración debería merecer la tesis de la trivialización. Al menos es muy notorio en el caso de las industrias culturales; en la década del ochenta los vientos neoconservadores auspiciaron películas como *Rambo* o *Top Gun*, portadoras del “mito de la experiencia de la guerra”. En los inicios del siglo XXI juegos de simulación virtual como el *Battlefield*, *Medal of Honor* o *Call of Duty* son consumidos por millones de adolescentes en gran parte del planeta. ¿Acaso no son un conducto para la mitificación de la guerra? La tan temida “religión cívica del nacionalismo” tal vez no se exprese con contundencia en himnos, monumentos o marchas, pero los inadvertidos e impolutos juegos de guerra pueden servir de basamento para el “nacionalismo banal”¹². Por lo pronto, trabajos como el de George Mosse son una invitación a la reflexión —y advertencia— sobre el mundo actual.

12 Véase Billig, Michael: *Nacionalismo banal*, Madrid, Capitán Swing, 2014 [orig. inglés 1995].